

tratan como tú los tratas con él, son peligrosos, y sobre todo, para mí.

“No olvides siempre mandarme el aviso oportuno de las noches en que no va Su Majestad á verte, para ir yo.

“Tuyo hasta la muerte,

I.”

—Esa carta vale un tesoro—dijo Benavides.

—Con esa carta se puede perder á esa mujer.

—Pero no está firmada, y una inicial no es prueba.

—Todo lo que importa es que el rey sepa que D<sup>a</sup> Inés tiene un amante, y poco importa quién sea éste.

—¿Y cómo hacer para que esta carta llegue á manos del rey?

—Sencillamente: escribiendo un anónimo á S. M., dentro del cual se incluirá esta carta; y tú por medio de la servidumbre la harás llegar á sus manos.

—¿Y bastará?

—Sí, porque en ese anónimo le indicaremos que á tales horas vijile la casa de su amada y verá entrar á un hombre.

—¿Pero si no llega ese hombre?

—No importa, tú serás el que entres á ver á tu Isabel, y el rey que acecha celoso no podrá saber quién tú eres, ni á quién vas á ver.

—Comprendo, escribe.

D. Fernando tomó un papel y se puso á poner una carta.

## XII.

De como el rey creyó que D. Antonio de Benavides era el amante de D<sup>a</sup> Inés, y el duque de Alburquerque creyó que era Valenzuela, y Doña Inés creyó que el duque lo era de Isabel.

CON Antonio se manejó con tal habilidad que el rey recibió el anónimo que le enviaba D. Fernando de Valenzuela avisándole que en la noche siguiente á las doce podía satisfacerse por sus ojos de que D<sup>a</sup> Inés tenía otro amante.

D. Carlos II no tuvo dificultad ninguna en dar asenso á semejante noticia, porque todos los hombres muy principiantes en amores ó muy diestros están dispuestos á encerrarse hasta de una sombra.

Como el rey no tenía mas persona de quien confiar en estos amores que del duque de Alburquerque, con él quiso desahogar aquella pena.

—Duque—le dijo en la mañana—quiero confiarte un secreto que me está martirizando.

—Puede hablar V. M., seguro de mi discrecion y afecto

—¿Recuerdas aquella dama... la del estanque de los peces en el Escorial?

—Sí, señor, D<sup>a</sup> Inés de Medina.



—La misma; como tú debes suponer, mi amor ha ido en aumento de día en día.

—Lo creo, señor.

—Pues bien, esa dama me engaña, duque; me engaña.

—¿Será posible, señor?—preguntó el duque alegremente, porque creía que esto era la confirmación de las protestas de fidelidad que le había hecho la joven—¿será posible? ¿esa dama no corresponde como debiera al cariño de V. M.?

—No, duque, no es eso; ella me ama y bastantes pruebas tengo de ello; me ha concedido cuanto una dama puede conceder á su amante.

El duque sintió una especie de nudo en la garganta.

—¿Pues en ese caso, señor—dijo haciendo un esfuerzo—por qué V. M. no se cree feliz?

—Porque esa mujer tiene un amante, que entra á su casa en las noches y cuando yo no voy.

Al duque le pareció que se le hundía la estancia; conocía el carácter hipócrita y disimulado de Carlos, y comprendió que aquello era una celada, y que había descubierto sus amores con Inés.

— Señor—tartamudeó—me parece increíble.

—Y sin embargo, nada hay más cierto, y según me informan es un señor muy principal de la corte.

—¿Sabe V. M. el nombre?

—¡Ojalá!—esclamó el rey—cara habría pagado su temeridad.

El duque estaba pálido, y no se atrevía ni á levantar los ojos.

—¡Ay de ellos!—continuó el rey—si llegó á descubrirles! y les descubriré.

—¿Y cómo señor?

—Mira, sé que esta noche debe ir ese hombre á la casa de la dama á las doce; antes de todo necesito ver si es cierto que ella le recibe esta noche á las doce; tú y yo, duque, nos apostaremos frente á la casa y veremos si entra ese galán.

—Como lo disponga V. M.

—Esta noche á las once y media te espero bien armado.

—Sí, señor.

El duque sentía que se ahogaba: precisamente era la hora en que debía entrar á la casa de la joven.

Habían vendido su secreto, pero se les había escapado su nombre.

Pero bien podía Carlos II esperar toda la noche porque yendo el duque en su compañía era seguro que el misterioso amante no entraría á la casa de D<sup>a</sup> Inés.

Confiado en esto, el duque salió á la hora convenida acompañando al rey y caminaron hasta colocarse misteriosamente en frente de la casa de la dama.

—Aquí—dijo el rey—ocultos en la sombra de este muro podremos ver quién entra: ¿no te parece duque?

—Sí, señor—contestó el duque, y pensó luego—de fijo que no verá S. M. entrar á nadie porque el que debiera entrar está á su lado y no lo hará.

Pasó así algún tiempo; ya las doce habían sonado y nadie aparecía por la calle.

El rey se impacientaba y decía:

—¿Si será este un engaño?

—Puede suceder, señor—contestaba el duque, agregando en su interior—es seguro que nadie vendrá.

Derepente en medio del silencio se escuchó el ruido de los pasos de un hombre que avanzaba con precipitación.



—Allí viene—dijo el rey.

—No lo crea V. M.—contestó el duque seguro como lo estaba de que nadie vendría.

El eco de aquellos pasos se escuchó mas y mas cerca y por fin un hombre embozado hasta los ojos, á lo que podia descubrirse á la escasa claridad de las estrellas, se detuvo delante de la casa de D<sup>a</sup> Inés y llamó con mucha precaucion.

—Tenia yo razon—dijo el rey conteniéndose apenas.

—En efecto—contestó el duque limpiándose los ojos porque creia estar soñando.

Entonces vieron abrirse la puerta de la casa, y á la luz que habia en el interior pudieron descubrir á Isabel que venia á abrir; el hombre entró y la puerta volvió á cerrarse.

Como el rey y el duque habian llegado muchas veces á la misma puerta, y la misma Isabel les habia abierto y les habia conducido hasta la cámara de D<sup>a</sup> Inés, los dos creyeron que aquel era otro amante y los dos tenian motivo para creerlo porque todas las apariencias condenaban á D<sup>a</sup> Inés.

Y sin embargo, como nuestros lectores habrán conocido, aquel misterioso embozado no era otro que D. Antonio de Benavides.

—Vámonos—dijo el rey cuando la puerta se cerró—he visto lo bastante y estoy satisfecho; mañana castigaré á esa mujer.

—Hará muy bien V. M., porque lo merece.

Y embozándose los dos en sus capas, se dirijieron otra vez al palacio.

El duque repasaba en su memoria los nombres de todos los jóvenes de la corte para fijar en alguno sus sospechas.



Tenia yo razon-dijo el rey conteniéndose apenas. Pag. 236.



Así en vacilacion caminó largo rato hasta que creyó haber dado con el hilo y poco faltó para que hubiera exclamado:

—Le encontré.

En efecto, habia pensado que aquel hombre no era otro que D. Fernando de Valenzuela, de quien ya la corte murmuraba que tenia amores con D<sup>a</sup> Inés.

El rey por su parte no se preocupó en adivinar quién sería aquel amante misterioso; bastábale saber que D<sup>a</sup> Inés le engañaba y en aquellos tiempos engañar al rey aunque fuera en materias de amor era el mayor de los delitos.

Benavides, que iba ya prevenido y suponiendo que estaba en acecho el rey ó por lo menos algun enviado suyo, procuró hacer de manera que su llegada á la casa se hiciese muy notable, y ya hemos visto cómo lo consiguió.

D<sup>a</sup> Inés esperaba aquella noche al duque de Alburquerque y permanecía en vela; oyó sonar la puerta y creyó que él sería, pero pasó mucho tiempo; Isabel no la anunció su llegada y ella supuso que se habia equivocado tomando un cualquier rumor por el ruido de la puerta de su casa.

D<sup>a</sup> Inés habia conservado sus relaciones con el duque á pesar de ser ya casi la dama del rey.

El duque, crédulo hasta la puerilidad, como todos los hombres enamorados habia creído que el engañado en aquel juego era el rey, que D<sup>a</sup> Inés le amaba á él, y que á Carlos II solo le halagaba para conseguir un fin político, la caída de Valenzuela y la entrada de D. Juan de Austria al gobierno.

D<sup>a</sup> Inés esperó aún mas de una hora y mirando que el duque no venia determinó no aguardarle mas y se levantó



casi sin intencion para ir en busca de Isabel á quien suponía en espera del galan.

Se dirigió así por algunas habitaciones, y cerca ya de la escalera oyó el murmullo de dos voces.

Eran á no dudarlo un hombre y una mujer que hablaban.

Al principio creyó que seria el duque que por algun accidente imprevisto llegaba mas tarde de lo de costumbre, pero las voces se alejaban en vez de acercarse.

Entonces salió: el corredor estaba oscuro, y apenas pudo distinguir á lo lejos dos sombras que se perdian en aquella misma oscuridad.

Procuró escuchar, y al momento conoció la voz de Isabel.

En cuanto á la del hombre que hablaba con ella, su misma preocupacion la hizo creer que tenia semejanza con la del duque.

Acercóse mas procurando no ser sentida: el galan se habia despedido y decia en voz baja á Isabel:

—Mucho secreto, vida mia: que tu señora no vaya á descubrir nada.

—No temas—contestaba Isabel—nadie mas que yo está interesada en que no lo conozca.

—¿Mañana vendré?

—No, porque es día que tiene que venir el rey.

—Adios.

—Adios.

D<sup>a</sup> Inés no tuvo ya duda ninguna, el duque la engañaba, la engañaba por una mujer como Isabel.

El orgullo pudo en su corazon mas que los celos; creyó ridículo que Isabel conociera que ella sabia el secreto de sus amores, se sintió humillada con aquella rivalidad, y

antes que Isabel se apercibiera de su presencia se retiró furiosa á su cámara y se encerró en ella.

Isabel acompañó á su amante hasta el portal de la casa, y volvió á subir tranquilamente.

Llegó hasta el aposento de su señora encontróle cerrado, y entonces ella á la vez sin sospechar nada se retiró á descansar.

D. Antonio de Benavides salió de la casa mirando con curiosidad en su derredor.

—Vamos—esclamó—es natural que á esta hora haya surtido su efecto la tramoya, y el rey esté convencido de lo que vale su D<sup>a</sup> Inés.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA